

CLAUSURA DEL CONGRESO DE ESPIRITUALIDAD CLARETIANA

Las palabras finales de nuestro Congreso de espiritualidad claretiana serán, sobre todo, las que en la Eucaristía de hoy nos diga Jesús, el ungido y enviado del Padre a anunciar la buena nueva a los pobres. Él, después de explicarnos el sentido de las Escrituras y partir con nosotros el pan, nos comunicará su Espíritu y nos hará correr a nuestras comunidades para ser testigos y anunciar el poder de su resurrección.

Al concluir nuestras sesiones de encuentro y de trabajo, quiero interpretar el común sentir de todos y expresar en alta voz los sentimientos de satisfacción que nos embargan por la realización y el modo de transcurrir el Congreso. Creo que es coincidente la opinión sobre la oportunidad y la conveniencia de su celebración y sobre la esperanza de que sea un hito importante de referencia para la vida misionera de nuestra Congregación, que quiere seguir progresando en fidelidad al don y a la misión recibida en la Iglesia. Aunque siempre cabe mayor perfección, hemos visto suficientemente cumplidos los objetivos que nos propusimos. Por eso decimos con el salmista: *“El Señor ha estado grande con nosotros y por eso estamos alegres”* (Sal 126, 3).

María, Madre y Fundadora de la Congregación, ha estado presente a lo largo de estos días y ha sido evocada como inspiradora, signo de esperanza, modelo y estímulo en el escuchar la Palabra y comunicarla con presteza. Nos conforta sentirnos dentro de su Corazón de Madre. Con Ella hemos aprendido a ser discípulos de su Hijo y misioneros del Reino. Seguiremos completando el canto del *Magnificat* de generación en generación.

Os ofrezco algunas consideraciones en torno al Congreso

1. La experiencia de comunión. El Congreso ha sido fruto de un trabajo comunitario, congregacional, con sus múltiples formas de participación en las distintas etapas que fueron indicadas al principio. Al “nosotros” congregacional, en relativo poco tiempo, se han ido incorporando nuevos miembros de variadas naciones que están haciendo sentir su voz, nos hacen partícipes de su sensibilidad, sus tradiciones y sus costumbres. También sus gozos e interrogantes. Durante estos días se ha hecho patente el clima de comunión en la diversidad de aspectos que constituyen y articulan la vida misionera de nuestro Instituto. A pesar de las peculiaridades y diferencias, como estamos tan acostumbrados a experimentar la serenidad y la armonía entre nosotros, podemos no apreciar suficientemente lo que supone el don de Dios en la convivencia, en el compartir y en el proyectar juntos.

Es de esperar que el Congreso coseche otros frutos, pero éste de la comunión en la fraternidad misionera es uno del que estamos obligados a dar cuenta a nuestros hermanos porque lo hemos

experimentado y gozado. ¿No es bello ver que a pesar de ser unos presbíteros y otros hermanos, unos de oriente y otros de occidente, unos del norte y otros del sur; que procedamos de tan diferentes pueblos, que hablemos tan diversas lenguas, que trabajemos en tan distintos ministerios, y que, sin embargo, nos veamos todos urgidos por un mismo ideal de vida misionera y que coincidamos en el hablar y en el sentir sobre los núcleos, dinamismos y medios de nuestra espiritualidad? La apertura, el reconocimiento de los aportes de los diversos contextos, la respetuosa aceptación de las otras sensibilidades y de los acentos en la forma de entender y de expresar el mismo proyecto de vida, son exponente de una madurez que nos viene de lo alto como un don. Por eso, hemos de dar gracias al Padre de nuestro Señor Jesucristo que por su Espíritu nos ha hecho sentir la fraternidad y el anhelo de crecer en el servicio al Reino de Dios.

Sin especiales esfuerzos ha sido notorio el interés de todos por integrar y no excluir. Resalto este hecho porque confirma el proceso de renovación de la Congregación, la cual ha ido progresivamente creciendo en la reconciliación y en la comunión, tan decisivas para la evangelización. 1) Fuimos capaces de reconciliarnos con el nombre: Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María-Misioneros Claretianos. Vimos que no se puede ser Claretiano sin ser Hijo del Corazón de María, tal y como lo entendió y vivió el Padre Fundador. 2) Nos reconciliamos en la fraternidad y misión todos los miembros de la Congregación: Presbíteros, Diáconos, Estudiantes y Hermanos. 3) Nos reconciliamos en la diversidad de apostolados: todos somos misioneros. 4) Nos hemos reconciliado con las opciones fundamentales de nuestra vida misionera. Actualmente nadie las pone en discusión. 5) Hoy se nos presenta como especial desafío la interculturalidad. Aquí, durante estos días, hemos tenido una fuerte vivencia de este hecho y hemos podido adivinar por dónde habrá que caminar en el futuro para que en este campo progrese en comunión sin exclusiones. El futuro de la misión de la Congregación va a depender mucho de la capacidad de hacer operativa entre nosotros la reciprocidad de los dones que aportan las nuevas vocaciones en los distintos continentes. Lo cual supone descentramiento, salir de nuestros habituales esquemas y acoger lo diverso.

2. La centralidad de la misión en nuestra espiritualidad y el grito profético de quien no puede callar. Nuestro encuentro no ha sido pura convivencia fraterna, sino un empeño por renovar nuestro compromiso misionero desde la espiritualidad. No puede ser considerado como un acontecimiento aislado en el caminar de la Congregación. La preocupación por nuestra espiritualidad brota de nuestra condición de misioneros del Reino. Queremos responder a los desafíos que nos llegan en este comienzo de época. Espiritualidad y misión –lo hemos constatado estos días- son las dos caras de la vocación misionera.

El Congreso ha sido una experiencia compartida de la inquietud que llevamos dentro por acertar en la respuesta a los desafíos que nos llegan del mundo, de la Iglesia y de la Congregación. En nuestras oraciones, celebraciones y deliberaciones hemos podido apreciar cómo el Espíritu, en este comienzo de época, nos espolea a prestar un servicio profético desde el testimonio de vida y el anuncio del Evangelio. Nos hemos preguntado si estamos a la altura

de los tiempos para sintonizar, solidarizarnos y colaborar en la transformación del mundo según el designio de Dios.

Nuestra espiritualidad es misionera y en el futuro habremos de subrayar más y más la centralidad de la misión en la vivencia de la misma. La pasión por el Reino que sufre demasiados retrasos y la constatación de tantas fuerzas anti-Reino, nos llevan a tomar opciones radicales en favor de los pobres, de la no-violencia, de la defensa de la vida, del diálogo con las religiones y las culturas y de estar presentes en los nuevos areópagos. Nos impulsa a ejercer nuestra función profética y hacernos “*voz de los que no tienen voz*”.

Necesitamos cultivar la unidad de vida, evitando todo resquicio a la dispersión y a las dicotomías que hacen estéril nuestro ministerio. Es preciso recuperar y mantener viva la experiencia originaria de nuestra llamada, que es fruto del Espíritu. Si no se tiene la experiencia del Espíritu, que es quien habilita para vivir y anunciar las Bienaventuranzas vivida y anunciadas por Jesús y quien conforta en los momentos de dificultad, la misión queda reducida a una actividad meramente humana e infecunda para el servicio del Evangelio. Cuando la misión es el “*cantus firmus*” en nuestra vida misionera, quedan aseguradas la coherencia entre el estilo de vida, la fraternidad universal, el diálogo, la solidaridad, el gobierno y la formación.

Si repasamos las constatadas frustraciones, insatisfacciones y huidas producidas por el culto a lo inmediato, la acción eficazista y el éxito fulgurante, también surge la invitación a pensar, en profundidad y extensión, *la misión* en orden a que sea punto cardinal y quicio fundamental en nuestra vida, pues todo lo demás gira en torno a ella. La experiencia dice que donde se verifica el grado de *calidad de vida* que llevamos es en la misión y todo lo que ésta comporta, sean destinos, revisión de presencias y servicios, etc. Se puede estar hablando de actos espirituales, de relaciones fraternas durante mucho tiempo y muy bien, pero todo queda pendiente a la hora de un destino o de un cambio de estructuras en las que estamos implicados. Cuando se nos pide romper amarras y estar libres para ir allí donde las urgencias discernidas son mayores, emergen las motivaciones profundas por las que nos movemos. Se hace patente la encrucijada de la decisión en el seguimiento radical de Jesús. A veces se pone en juego el valor de los votos y de la vida de comunidad.

3. Al día siguiente, la refundación. Terminamos nuestro Congreso al día siguiente de haber celebrado la fiesta aniversario de la fundación de la Congregación. Esta coincidencia nos lleva a mirar hacia el futuro. Tomar conciencia del **día después de la fundación**, implica descubrir en el hoy de Dios el destino de nuestra Congregación, que no ha nacido para sí misma, sino para servir y hacer crecer el Reino. Tras los ciento cincuenta y dos años transcurridos, quedamos invitados a abrirnos a nuevos horizontes y seguimos estando convocados para nuevos compromisos.

El **día siguiente de la fundación**, que siempre es “hoy”, nos invita a pensar en la refundación, entendida como “profunda conversión personal y comunitaria a la misión

claretiana, aquí y ahora, y como sincera y valiente revisión de las posiciones que cortan alas a nuestro espíritu misionero. La refundación nos pide beber con mayor entusiasmo en las fuentes congregacionales y responder con agilidad a los impulsos del Espíritu que siempre está empeñado en hacer ‘nuevas todas las cosas’ (Ap 21, 5)”^[1].

Por lo que hemos podido entrever durante el Congreso, la refundación postula una densa y rica espiritualidad. Para que aparezca una comunidad unida, solidaria, entusiasmada, disponible, no es suficiente poner en común las ideas; es preciso hacer que el don carismático, la energía interior, entre en ese movimiento que da razón de ser a la vida en común para la misión. Sólo el Espíritu libera de las ataduras, infunde capacidad de transformar las estructuras, induce a inaugurar nuevos proyectos. Cuando es un mismo espíritu el que nos anima, es fácil superar las crisis, resolver los conflictos, remontar los obstáculos; en definitiva, hacer posible que resplandezca la gloria de Dios.

Sin duda que todo lo salido de nuestros labios ha brotado del corazón de hombres imbuidos por la caridad apostólica en sintonía con Claret. Ha sido como una continua afirmación y confesión de fe en el espíritu que animó a la primera comunidad claretiana. Por lo que hemos escuchado y compartido bien podemos decir que, al comienzo del tercer milenio, los hijos de Claret se sienten animados por su mismo espíritu, como él decía de los confundadores (cf Aut 489). Este es el secreto de nuestra esperanza y de nuestro gozo. Mientras mantengamos vivo este espíritu podemos confiar en el futuro de nuestro vivir en común y trabajar juntos por el Evangelio.

4. Algunas virtudes que debemos cultivar. Además de los consejos evangélicos y de las virtudes que señalan las Constituciones, hay otros dinamismos que brotan de nuestro carisma y que hoy se hace especialmente necesario cultivarlos, sobre todo, si queremos ejercer un ministerio verdaderamente profético. Han mencionadas con otras palabras a lo largo del Congreso. No hago más que enumerarlas.

a) *La vigilancia o el “buscar en todo”*. Vivir despiertos, saber lo que sucede en nuestro mundo, tener los ojos y el corazón abiertos ante lo que se presente como más urgente para el Reino y su justicia, para alertar ante lo que se halla en peligro o para salvar lo perdido; para, en definitiva, cumplir la voluntad del Padre. ¿Cómo podemos ser buenos misioneros sin acoger los gritos y susurros de la realidad circundante, las angustias y esperanzas de los pueblos en los que trabajamos? Este buscar en todo implica una doble actitud: la contemplación y la compasión, como se ha hecho resaltar estos días. Quien busca con sinceridad, acaba por convertirse y emprender nuevas iniciativas.

b) *La libertad interior, el desprendimiento total y la disponibilidad para la misión*. Nadie puede volar si no tiene las alas sueltas, si se halla atado por intereses egoístas. Las grandes aspiraciones brotan de los corazones libres y desprendidos. Los profetas fueron los

hombres más libres y atrevidos. Los misioneros libres siempre están listos para dejar lo que les estorba y emprender nuevos caminos: la profecía de la innovación les a la itinerancia y a estar pendientes del “hoy” de Dios.

c) *La generosidad y entrega a la causa de Jesús.* Es el ardor misionero, la caridad apostólica, de la que vamos a meditar en la Eucaristía.

d) *La colaboración, el trabajar juntos, el compartir la misión.* No es cuestión de estrategia para la eficacia, es un dinamismo, una virtud propia del claretiano. La mejor forma de erradicar el individualismo es promover la colaboración que supone apertura, diálogo, tolerancia y generosidad para apoyar cuanto hay de positivo en la vida y trabajo de los demás.

e) *La fortaleza y la perseverancia.* Nuestra misión está llena de riesgos, peligros y dificultades. Supone mucha renuncia y mucho coraje. Misionero fuerte es quien, habiendo puesto su mirada en el futuro, sabiendo hacia dónde va, no se detiene ante las insidias y asechanzas. Las afronta con serenidad y esperanza. La perseverancia, a la que aludo, está en íntima relación con la fidelidad creativa que nos ayuda a dar prioridad a lo esencial e intentar conseguirlo. Es importante para nuestro mundo la profecía de la fidelidad.

Vosotros habréis hecho vuestras propias consideraciones sobre este Congreso. Creo que todos coincidimos en la conveniencia de que lo que hemos visto y oído ayude a toda la Congregación a crecer en su vida misionera al comienzo del tercer milenio. Que el Espíritu que ha iluminado la mente y encendido los corazones de nuestros hermanos y de cuantos hemos estado aquí reunidos para compartir nuestra experiencia espiritual, nos siga ayudando a caminar con el Pueblo de Dios en el que queremos ser testigos y servidores del Reino. El Congreso concluye, pero la tarea de vigorizar nuestra espiritualidad continúa.

*** **

Permitidme para terminar unas palabras de sincero agradecimiento a cuantos han hecho posible el Congreso. En primer lugar hay que agradecer la colaboración de quienes espontáneamente ofrecieron el testimonio de su vida espiritual y nos lo comunicaron como respuesta a la encuesta. Gracias a los miembros de la Primera Comisión Internacional que recogieron y articularon los datos. Gracias al P. José Cristo Rey García Paredes por el texto que ofreció a las comunidades para seguir confrontándose y reflexionando. Gracias a los Organismos Mayores y a cuantas personas han hecho llegar sus aportaciones. Gracias a la Segunda Comisión Internacional que ha preparado el Instrumento de Trabajo del Congreso y a los Miembros de la Curia General que han colaborado con el P. José Félix Valderrábano, Secretario Ejecutivo del Congreso, sobre quien ha recaído tantos y minuciosos trabajos.

La Comunidad de Buen Suceso y la Provincia de Castilla se preocuparon, desde que el Gobierno General les pidió su ayuda, de buscar la casa y organizar la acogida, el transporte, las visitas y todo lo necesario para el funcionamiento de la secretaria. Mención especial merecen los PP. Vicente Sanz y Justino Martínez y los Hermanos Mariano Martín y Eduardo Ávila, de la Curia de Castilla y los miembros de la Comunidad de Segovia. A todos, muchas gracias.

Dentro del Congreso, además de agradecer a las Hermanas Salesianas su exquisita atención, agradecemos muy sinceramente a cada uno y a cada una de los congresistas su ejemplar participación y sus valiosas aportaciones. Gracias, Hermanas de la Familia Claretiana, por habernos acompañado estos días y haberos unido en la oración, en la convivencia y en la reflexión. Gracias a quienes prepararon las celebraciones litúrgicas y los momentos de oración. Gracias a los eficientes moderadores, a los secretarios de los grupos y a los miembros de las distintas comisiones: redacción, mensaje, comunicación y recreativa. Gracias a los sufridos traductores.

Finalmente hago mención de la valiosa contribución del P. Gustavo Alonso y de Mons. Luis Gutiérrez, Obispo de Segovia para agradecerles su disponibilidad e iluminación.

A todos, pues, en nombre propio y de todo el Gobierno General muchas gracias y os deseamos un feliz retorno a vuestras comunidades a las que deseamos paz, gozo y esperanza en el futuro aquí alumbrado.

Majadahonda (Madrid), 17 de julio, 2001.

Aquilino Bocos Merino, C.M.F.
Superior General

[1] Así quedó descrita en la reunión del Gobierno General y los Gobiernos de CICLA en Villa de Leyva. Cf CICLA. Boletín, 8, p. 2.